

Biblioteca Films

AUDACIA DE COW-BOY



NUM.
506

TOM MIX

25
CTS.

Propaganda

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Calle de Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sedad. Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

NÚM. 506

MATUTE?

Audacia de cow-boy

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por el gran caballista

T O M M I X

Narración de HARRY BALTYMORE



INTERPRETES

Tom Smith TOM MIX
Sally Blane Norma Foster

ARGUMENTO DE LA PELICULA



PRIMERA PARTE

Rodeadas de exuberantes montañas, que le daban una pintoresca visión, se hallaban las extensas llanuras del Oste americano, donde un puñado de hombres trabajaban afanosamente, sin más ambición que la satisfacción del deber cumplido y la alegría de ver prosperar sus haciendas.

Desde hacía muchos años, la paz que reinaba entre los habitantes de aquellos ranchos no se había alterado y una amistad casi fraternal parecía unirlos a todos. Jamás la policía rural, ni el "sheriff" tuvo que intervenir en ningún acto delictivo y como prueba más evidente de la honradez de todos estaba el ejemplo de Sally Blane.

Era esta una muchacha de unos veinte años, bonita como un sol y que había quedado sin padres a la edad de quince años. Durante todo aquel tiempo, su hacienda y su fortuna habían

quedado salvaguardadas por la honradez de cuantos estaban a su servicio, sin que jamás tuviera que lamentarse por la deslealtad de ninguno de sus hombres.

Contiguo al rancho de Sally estaba el de Tom Smith, un muchacho trabajador, que de simple vaquero había llegado a propietario de aquella pequeña hacienda, debido a sus esfuerzos y a sus ahorros. Citábase entre todos los de la comarca a Tom como el prototipo del hombre ecuánime, noble y valiente, para quien no existía peligro que no supiese afrontar, ni desvalido que no encontrase en él al amigo siempre dispuesto a ayudarle.

Estas virtudes unidas a la simpatía de Tom, hicieron que fuese naciendo en el corazón de Sally un gran afecto por aquel cow-boy, sin que ella misma se diese cuenta que a medida que pasaba el tiempo este afecto iba convirtiéndose en amor.

Tom, por su lado, tampoco miraba con malos ojos a Sally, pero le detenía a confesarle su pasión el temor de que la joven pudiese creer que más que amor le movía la ambición de poseer el rancho de ella, uno de los mejores de los de por allí.

Esto no era motivo para que los dos muchachos casi todas las tardes, después de termi-

nadas las faenas del campo diesen un paseo a caballo y se sintiesen contagiados del romanticismo de los atardeceres y de la belleza de la campiña que los rodeaba.

Todos los que los veían sonreían pensando en que aquellos paseos tendrían que terminar en boda, sin que ninguno sintiese la menor envidia a Tom, pensando que era digno de conseguir el amor de Sally.

El único que no parecía demostrar igual alegría era Jimmy Talky, el capataz de Sally, quien aun cuando le doblaba la edad a la muchacha, había concebido grandes esperanzas de llegar a ser dueño del corazón de la joven y propietario del rancho.

Pero como se daba cuenta de la preferencia que Sally sentía por Tom, se esforzaba por acallar aquella pasión, tanto de ambición, como amorosa, que le embargaba, y esperaba que alguna ocasión se le presentase de poder vengarse del que él consideraba su rival.

La tranquilidad de aquella vida, jamás alterada por ningún acontecimiento extraordinario, sufrió de pronto una alteración con la llegada de dos sujetos, llamados Frederich Carlton y Eddie Marffon. Los dos habían llegado a aquellos parajes en compañía de otros dos criados y con cartas de recomendación para Sally. La

muchacha los atendió lo mejor que pudo y puso a su disposición cuanto había en su hacienda, para que lo utilizasen, sin sentir el menor recelo hacia ellos.

Al único que no le supo nada bien aquellas visitas fué a Tom. Sin que él mismo pudiera explicarse la causa, sintió hacia ellos cierta desconfianza y este sentimiento se lo comunicó a Sally diciéndole, una de las tardes que volvían después de un paseo. La joven sonrió ante las palabras de su amigo y la dijo:

—¿Me parece que exagera usted Tom? Tanto el uno como el otro son dos caballeros y no tiene motivos para recelar de ellos.

—Así quisiera que fuese — respondió Tom. —Pero no comprendo el afán que tienen de salir solos. La otra tarde los vi trabajando al pie de la montaña y me extrañó lo que hacían.

Sally lo miró, como inquiriendo una explicación a sus palabras y Tom volvió a decirle:

—El que se llama Eddie llevaba una maleta y su compañero recogía varias piedras y las guardaba... Yo estoy seguro de que esos hombres han venido a algo más que a pasar una temporada.

—Tal vez sean coleccionistas de piedras raras? —respondió Sally—. Ya sabe que por allí

hay muchas que a veces nos ha llamado la atención.

Tom no quiso insistir más en favor de sus temores y dejó poco después a la joven cerca de su rancho.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

**Precio:
UNA pta.**

SEGUNDA PARTE

Los temores de Tom no eran del todo injustificados. Tanto Eddie como Frederich eran dos vivos que se aprovechaban de la ignorancia de la gente del campo para hacer fabulosos negocios. Sabían que por aquellos terrenos había yacimientos petrolíferos y aprovechando el conocimiento de un comprador de ganado de Sally se habían trasladado a su estancia para indagar si sus sospechas en cuanto se refería al precioso líquido eran ciertas.

Al día siguiente de su llegada empezaron inmediatamente sus pesquisas y pronto pudieron comprobar que en la hacienda de Sally existían magníficos yacimientos. Después de haber descubierto esto intentaron varias veces indicar a la joven, aunque muy solapadamente, el deseo de comprarle la hacienda, pero al oirla decir que por nada del mundo se desprendería de ella,

comprendieron que no era aquel el camino más directo para conseguirlo.

Convencidos de ello empezaron a espiar a cuantos vivían alrededor de Sally, hasta que adivinaron los sentimientos del capataz y vieron en él el colaborador eficaz que hacía falta.

Sin venderse, antes de conocer las intenciones de Jimmy Talky, empezaron diciéndole un día que se lo llevaron con ellos:

—¿Usted cree que su ama vendería este rancho?

—Por nada del mundo se desprendería de él—respondió el capataz—. Esta hacienda fué primeramente de su abuelo, luego de su padre y ahora de ella. La quiere tanto como a su propia vida.

—Eso está muy bien—le dijo Eddie—, pero si un día se enamora de alguien y se la lleva de aquí...

—No hay miedo—respondió el capataz nerviosamente—. Ella quiere a un vaquero de aquí y no tendrá que alejarse de su rancho para ver satisfecho su amor.

Frederich, aun cuando sabía que no acertaba, exclamó riendo con fingida amistad:

—Reciba mi enhorabuena, amigo, por que supongo que ese hombre será usted. No creo

que haya en toda la comarca nadie que pueda, ni tenga derecho a quitarle su puesto.

—Lo hay—respondió Jimmy Talky—. Hay un tal Tom Blane que es el preferido de ella.

—¿Y usted lo consiente? —preguntó Frederich.

—¿Qué quiere usted que haga?—respondió apenado el capataz—. Ella es el ama y puede disponer de sí misma y de su hacienda.

—Así y todo yo no me avendría a ello—volvió a decirle Frederich—. Hay mil medios para una mujer que se dé por vencida... En su mano está todavía el poder conseguir el cariño de la señorita Sally y hasta su rancho.

Jimmy los miró, sin poder comprender el alcance de aquellas palabras y Eddie le dijo, convencido ya de que con aquel hombre podrían contar:

—¿Usted quiere que le ayudemos?

—Claro que sí—respondió el capataz—. Esa ha sido la ilusión de toda mi vida.

—Pues no le será difícil conseguirlo, si al mismo tiempo nos ayuda usted.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó el capataz.

—Exponerse un poco y ser nuestro colaborador. Nosotros tenemos un gran interés en poseer un trozo de la hacienda de Sally, pero ella se niega a vendérnoslo.

De usted depende que consigamos nuestro objeto y, si nosotros lo conseguimos, usted también conseguirá el suyo. Tengo entendido que Sally no tiene más fortuna que lo que le da el negocio.

—Que es mucho — respondió inmediatamente el capataz.

—Pero los negocios pueden ir mal y llegar incluso a faltar dinero. Si ese caso llegase y usted lo tuviera se habrían cambiado los papeles y el que mandara sería entonces usted.

—Ella no admitiría nunca dinero — respondió el capataz—. Es muy orgullosa en *ese* sentido.

—Pero tendría que vender su hacienda y usted se la podría ofrecer a cambio de que ella accediese a ser su mujer.

Y tanto insistieron los dos y tan fácil le hicieron ver todo, que el capataz terminó por acceder a lo que de él solicitaban.

TERCERA PARTE

Dos días después empezó a advertirse en el rancho de Sally la desaparición de ganado, coincidiendo precisamente con la ausencia de Tom, que había ido a la ciudad para resolver unos asuntos.

Sally, en vista de que aquellas desapariciones seguían verificándose, llamó a su capataz y le dijo:

—Jimmy, hay que poner coto a esto que está sucediendo... El ganado va faltando cada día en más proporción y no hace usted nada por evitarlo.

—Ya lo hago, señorita Sally — respondió el capataz taimadamente—. Precisamente ayer noche dije a varios hombres del rancho de Tom que no volvieran a poner los pies aquí...

—¿Duda usted de que sean ellos? — preguntó extrañada Sally.

—Son los únicos extraños que saben todo cuanto hay en el rancho. Fíjese usted que faltan las mejores cabezas del ganado... Además, su amo está en la ciudad hace varios días y por ahora no tiene pensamiento de volver.

—¡Eso es una locura! — exclamó indignada Sally—. Tom es un hombre honrado e incapaz de hacer lo que usted dice... No quiera ocultar su incapacidad acusando a un inocente.

—Yo no acuso a nadie, señorita — respondió el capataz—, pero puede ser que alguna vez le pueda probar que es verdad cuanto le digo.

Frederich que presenciaba la conversación, tomó parte en ella y le dijo a la joven:

—No debe usted acusar de esa forma a su capataz. Según usted misma me ha dicho, siempre le mereció confianza y cuando él dice eso, quizás tenga sus razones.

Pero a pesar de ello Sally siguió segura de que Tom no podía ser el autor de aquellos robos. Ciento era de que había subido rápidamente de vaquero a propietario, pero también era verdad que Tom había pasado su vida trabajando y ahorrando el pequeño capital que le permitió adquirir el rancho que ahora tenía.

Tantas y tantas conjeturas se hacía la joven, que al fin terminó por empezar a sentir cierta duda sobre la posibilidad de que Tom, o al

menos sus hombres, pudiesen tener alguna participación en aquellos robos, que de seguir amenazaban con su ruina.

Tom Blanes, ajeno a lo que contra él se trataba, cuando llegó de la ciudad, lo primero que hizo fué ir a ver a Sally. La joven, al estar en su presencia olvidó todas sus dudas y se mostró tan afectuosa como siempre, pero él mismo, inocentemente, le dió pie para que ella sintiese nuevamente cierta prevención contra él.

—¿Cómo le ha ido por la ciudad? — le preguntó Sally.

—Muy bien — respondió Tom—. He hecho grandes negocios y he conseguido colocar todo el ganado a muy buen precio. Mis compradores se quedarán con todas las cabezas que les mande. Son hombres de mucho dinero y les hace falta ganado.

La joven quedó pensativa ante aquellas palabras y Tom siguió diciéndole:

—Tengo ganas de terminar este asunto para dedicarme a otro, en el que he pensado toda mi vida.

—¿Depende también del ganado? — preguntó ella.

—Claro que sí — respondió él—. Depende de que es preciso que tenga yo tanto dinero

como usted para realizar el mayor sueño de mi vida.

—¿Me parece que es usted algo ambicioso, Tom?—le preguntó ella.

—Un hombre sin ambición, no llega nunca a nada. La ambición y el afán de mejorar es lo que me ha salvado a mí en la vida.

En esto llegaron Frederich y su amigo acompañados del capataz y, éste, acercándose a Sally, le dijo:

—Anoche nos robaron cincuenta toros de los mejores.

—¿Que les robaron cincuenta toros?—preguntó Tom extrañado—. ¿Y cómo ha podido ser eso?

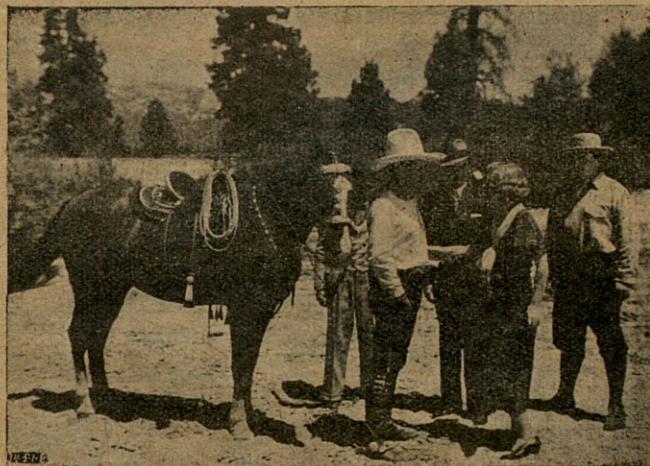
El capataz se encaró con él y le dijo:

—¿Acaso no lo sabía usted?... ¿Qué es lo que ha hecho en la ciudad sino vender ganado?

—Pero el ganado que he vendido es mío — respondió Tom—. Usted no creerá eso, ¿verdad Sally?

—No, no lo creo — respondió la joven—, pero lo mejor será que no vuelva usted por aquí, Tom.

El muchacho, dolorido por la actitud de Sally, no se atrevió a contradecirla y bajando la cabeza, como si en efecto fuera culpable, se alejó de la hacienda de Sally, pensando qué podía



—Lo mejor será que no vuelva usted por aquí, Tom.

haber sucedido durante su ausencia, para que ella sospechase de él.

Aquella misma noche, cuando quedó encerrado el ganado de Tom, éste contó por sí mismo las cabezas que habían entrado en su empalizada y advirtió que entre ellos había varios que no eran suyos. Se acercó para examinar la marca y vió que pertenecían a Sally. No obstante se calló esperando que llegase el día si-

guiente para comunicar a la joven lo que pasaba.

Pero aquella misma tarde, Sally advirtió que su situación era demasiado delicada. Tenía necesidad de satisfacer los jornales a sus hombres y no tenía dinero para ello. Con aquella semana eran ya tres las que había dejado de pagar y se advertía cierta agitación entre ellos, producida por la influencia de las palabras del capataz, que había sabido infiltrar en el ánimo de todos, de que Sally estaba arruinada y no les pagaría.

La muchacha, ante aquella crítica situación, llamó a su capataz y le dijo:

—Jimmy, es preciso que contenga a los hombres y les diga que la semana que viene se les pagará todo cuanto se les debe.

Jimmy, afectando una gran tristeza, le respondió:

—Yo haré lo que usted quiera, pero creo que será muy difícil... Quieren cobrar hoy todo lo que se les debe y no esperarán más.

—Pues es necesario — insistió Sally—. ¿De dónde voy a sacar yo ahora el dinero que me hace falta?

—Usted perdona, Sally — exclamó Eddie, que había entrado en aquel momento y había oído la conversación de la muchacha—. Yo creo



—¿Cómo están aquí esas reses?

que no le sería tan difícil encontrar ese dinero.

—Vendiendo el rancho, ¿verdad? — preguntó la joven.

—No es necesario — replicó Eddie—. Bastaría con que le hipotecase. Si usted me firma un recibo en esa forma, yo puedo adelantarle todo el dinero que necesite. Cuando venza la hipoteca, ya lo tendrá usted y el rancho seguirá siendo de su propiedad.

Sally dudó antes de aceptar la oferta de su huésped y el capataz le dijo:

—Creo que es la mejor solución... De esa forma hará usted callar a los que más protestan y podrá seguir mandando con igual autoridad.

Y aquel orgullo, o mejor dicho aquel sentimiento de amor propio que era tan característico en Sally, fué lo que la hizo firmar el documento que extendió Eddie y en el cual concedía a Eddie y Frederick la propiedad del rancho, si en el plazo de un año no había satisfecho la cantidad que le prestaban y los grandes intereses que devengaría.

Y una vez en poder del dinero, ella misma pagó a los hombres cuanto debía, sintiéndose más tranquila por el momento.

Al día siguiente, por la mañana Sally, acordándose de la forma tan cruel como había tratado a Tom, quiso darle una explicación y fué al rancho donde estaba el joven. Precisamente Tom, había dejado encerrado el ganado de Sally para devolvérselo, y cuando llegó ella y lo vió exclamó:

—Tom, ¿cómo están aquí estas reses?

—Eso es lo que yo no me explico — respondió el vaquero—. Ayer vinieron mezcladas con las mías y las he hecho retener para devolvérselas.

Mas, como advirtiera en el rostro de la joven cierta duda, se apresuró a decirle:

—Ya sé que esto me hace aparecer más culpable, pero yo he de demostrarle a usted que soy inocente.

—Difícil le va a ser — respondió burlonamente la joven.

—Todo depende de que usted quiera. No diga nada de lo que ha visto a nadie y esta tarde iré yo a buscarla para que veamos lo que hacen esos sujetos que hace días que viven en su rancho... ¿Quiere usted?

—De acuerdo — respondió ella—. Yo saldré fingiendo que voy a dar un paseo a pie y usted me esperará a la salida de la hacienda.

Quedaron conformes en ello y Tom aguardó durante todo el día con gran impaciencia que llegase el momento de poder demostrarle a Sally que era inocente.

trato al chico que ha quedado atrapado en el bosque. — Tomó la situación en su totalidad y se dirigió a la casa de Sally, la cual se encontraba en la calle de la India, a la cual Tom se había dirigido en su caballo. — Tomó la situación en su totalidad y se dirigió a la casa de Sally, la cual se encontraba en la calle de la India, a la cual Tom se había dirigido en su caballo. — Tomó la situación en su totalidad y se dirigió a la casa de Sally, la cual se encontraba en la calle de la India, a la cual Tom se había dirigido en su caballo.

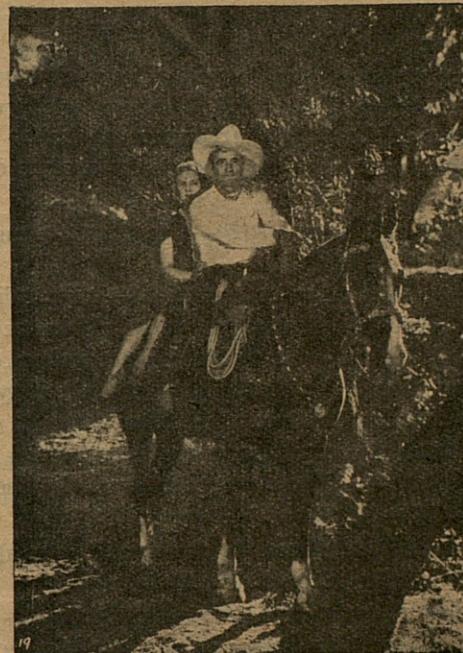
CUARTA PARTE

Los tres cómplices seguían obrando a sus anchas, sin pensar por un momento que Tom dudase de ellos y se dispusiera a desenmascararlos.

Aquella tarde, a la hora convenida, Tom aguardaba a la joven, cuando después de unos minutos de espera la vió llegar. El mismo la ayudó a subir a su caballo y llevándola a la grúpa se dirigieron hacia el lugar donde pastaban las dos piaras de ganado, separadas únicamente por una débil valla que marcaba los linderos de las dos propiedades.

— ¿Qué vamos a hacer aquí? — preguntó Sally, cuando vió que Tom procuraba ocultarse tras un árbol.

— Vigilar, para ver quién es el ladrón — respondió Tom. — Yo respondo de todos mis hombres, mientras que usted no puede tener esta seguridad.



— ¿Por qué hacen eso?

El sol empezó a declinar y los vaqueros empezaron a retirar el ganado para hacerlo volver a las haciendas. En aquel instante, Tom señaló hacia donde estaba la propiedad de la joven y le dijo a ésta:

—Mire.

—La joven dirigió la vista hacia el lugar que le indicaba Tom y vió a Jimmy, que ayudado por Eddie y por Frederich, obligaban a unas cuantas reses a introducirse en la piara de Tom.

—¿Por qué hacen eso? — preguntó la muchacha.

—Muy fácil es de comprender — respondió Tom—. Ellos quieren que aparezca alguien responsable de todos los robos y aprovechan el descuido de mis hombres para introducir el ganado y que aparezca yo como culpable.

—Ahora lo comprendo todo — respondió a su vez Sally—. Jamás me perdonaré el haber dudado de usted, Tom.

—Eso no tiene ahora importancia, lo urgente es saber cual es el plan de esos hombres.

—Ellos quieren mi rancho — le dijo Sally— y para ello me han hecho firmar una hipoteca por unos cuantos miles de dólares, de los que he recibido nada más que la tercera parte...

La joven se echó a llorar y Tom trató de consolarla, diciéndole:

—No se apure, que todo puede tener arreglo. Yo indagaré por qué quieren esos hombres la propiedad del rancho... Me parece que la clave de todo esto está en la maleta que conservan...

¿Cómo podríamos apoderarnos de ella, sin que se enterasen?

—Es difícil — respondió Sally—. Todo su equipaje lo tienen en el cuarto de sus criados y éstos se dejarían matar antes que hacerles traición.

—Pues así y todo, esta noche nos apoderaremos de lo que contenga la maleta y sabremos a qué atenernos... Usted misma me acompañará a donde duermen los criados.

Y tal como lo propuso Tom se hizo. Aquella noche, cuando ya todo el mundo descansaba en la hacienda de Sally, ésta aguardó la llegada de Tom, que no se hizo esperar. Cautelosamente, para que nadie advirtiera su presencia, entró en la casa y le dijo a la joven:

—Nadie me ha visto y podemos obrar con tranquilidad.

—Pues vamos — respondió ella valientemente.

Le fué indicando el camino, hasta que llegaron a donde dormían los criados de Eddie y de Frederich. Silenciosamente entraron allí y Tom fué acercándose a donde tenían depositado el objeto que tanto les interesaba. Cogió la maleta y salió con ella fuera para evitar que pudiesen ser sorprendidos. Al abrirla no encontraron otra cosa más que piedras y Sally le dijo:

—Aquí no hay nada de valor... Todo es piedras solamente.

—Pues en estas piedras debe haber algo. Mañana mismo lo sabremos.

Cogió una de ellas y se la guardó; luego cerró la maleta y la colocó él mismo donde estaba, diciéndole a Sally:

—Por hoy ya hemos hecho bastante. Sabemos que han sido ellos los ladrones del ganado y sabremos también el valor que tienen estas piedras.

Al día siguiente el mismo Tom se dirigió a la ciudad y fué en busca de un ingeniero a quien le presentó la piedra sacada de la maleta de Eddie, diciéndole:

—¿Desearía que analizase usted esta piedra? El ingeniero analizó detenidamente la piedra y se la devolvió diciéndole:

—¿Dónde la ha encontrado usted?

—En mi hacienda — respondió el joven—. He visto algo extraño en ellas y quiero saberlo ciertamente.

—Pues se trata de petróleo — respondió el ingeniero—. En el lugar donde hay piedras como éstas, es que hay yacimientos petrolíferos.

Tom pagó el importe del análisis y salió de la ciudad hacia su rancho, seguro de haber dado con el motivo de la visita de Eddie y su amigo.

No cabía duda que aquellos hombres querían apoderarse de la hacienda de Sally para poder explotar aquellos yacimientos que deberían valer una fortuna.

Y pensando en evitar la ruina de Sally espoleó su caballo, con el deseo de llegar lo antes posible.

A pesar del sigilo con que había hecho su visita Tom la noche anterior, ésta no pasó desapercibida para Jimmy, que continuamente vigilaba. Y tan pronto como amaneció fué en busca de Eddie y de Frederich, para decirles:

—¿Me parece que nos han descubierto el juego?

—¿Quién? — preguntó Eddie sorprendido.

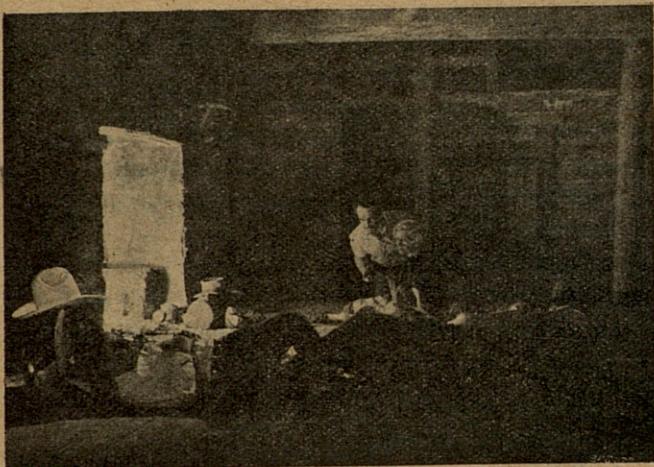
—¿Quién va a ser?... ;Ese maldito de Tom, que no hay quien se la pegue!

—¿Qué ha pasado? — preguntó Frederich, intranquilo.

—Pues que anoche, cuando todo el mundo dormía, lo vi entrar en la hacienda. Iba a detenerlo, para hacer ver que venía a robar, pero no me dió tiempo, porque inmediatamente se unió a él el ama.

—¿Lo estaba esperando? — preguntó Eddie.

—¿Yo creo que sí?... Y apenas se encontraron se fueron a donde estaban sus equipajes,



Entraron silenciosamente.

sacaron una maleta, la revisaron y la volvieron a dejar otra vez.

—¿Y qué podían buscar en ella? — se preguntó pensativo Frederich.

—Yo vi que Tom se guardó algo y que luego desapareció otra vez.

—Ese hombre nos va a echar a perder todos los planes! — respondió Eddie.

—Ya se lo dije. Tom es un hombre capaz de todas las audacias. Yo creo que no sabe to-

davía decir lo que es el miedo. Además esta mañana me he enterado de que había marchado a la ciudad.

—Habrá ido a enterarse de lo que guardábamos en la maleta y si llega a saber el valor del yacimiento se encargará él mismo de pagar la hipoteca — exclamó Frederich.

—Lo mejor será que nos marchemos de aquí —propuso Eddie—. Esperaremos que pase el tiempo de la hipoteca y después, teniendo de nuestra parte la Ley nos haremos cargo del rancho.

Inmediatamente prepararon sus equipajes y se dispusieron a marchar, sin despedirse siquiera de Sally, temiendo que ésta pudiera avisar a Tom de aquella marcha, que en realidad no era otra cosa que huída.

Entretanto Tom se dirigía al rancho de Sally, pero antes fué en busca del sheriff, a quien le dijo:

—Vengo a pedirle auxilio, para que me ayude a detener a los ladrones del rancho de la señorita Sally.

—¿Sabes ya quiénes son? — preguntó el sheriff.

—Son los dos forasteros y Jimmy Talky — le dijo Tom.

—Tienes su declaración? — le preguntó el sheriff.

—No la tengo, pero creo que no me costará mucho conseguirla. Mientras usted reúne a sus hombres, yo me voy en busca de Sally Blane.

Echó a correr hacia el lugar que había dicho y cuando entró en el rancho vió que los dos forasteros y el capataz se disponían a huir. Se adelantó, antes de que pudieran montar a caballo y les preguntó burlonamente:

—¡Parece que tienen ustedes mucha prisa en marcharse.

Eddie lo miró airadamente y le respondió:

—¡Desde cuándo tengo que darle cuentas a usted?

—No se enfade — respondió Tom con igual tono de burla—. Yo sin embargo he querido venir a decirles a ustedes adiós y advertirles que en esta hacienda hay yacimientos petrolíferos... Así se evitarán de analizar las piedras que se llevaban de muestras.

Jimmy, sin poder contener los celos que le producía la presencia de su rival, se acercó a él y le dijo:

—¡No olvide que soy el capataz de esta hacienda y de que mi ama lo hechó de aquí!

—¡Y ahora vengo yo a echarte a ti! — ex-



— ¡Cobarde!

clamó Tom, al mismo tiempo que de un puñetazo le hacía rodar por el suelo.

Frederich quiso salir en ayuda de su amigo y de otro puñetazo cayó también cuan largo era.

Ya iba Tom a emprenderla contra Eddie cuando vió que éste le amenazaba con una pistola y le decía:

—¡Si das un paso más te mato como a un perro!

—¡Cobarde! — gritó desesperado Tom al verse impotente contra aquel individuo.

Eddie se echó a reír y exclamó:

—¿Creías que habías ganado la partida?... Todavía queda mucho por jugar y hasta ahora la mejor parte es nuestra... Sally no podrá pagar su deuda, porque para eso le hemos quitado el ganado y dentro de un año esta hacienda, con todo lo que hay dentro será nuestro... Ya ves si te ha servido de poco tu visita a la ciudad...

No había acabado de hacer esta declaración, cuando se vieron rodeados por los hombres del sheriff, que intimándoles con los revólveres, les dijeron:

—El primero que se mueva es hombre muerto!

Los tres cómplices levantaron las manos en alto y los agentes del sheriff fueron esposándoles convenientemente.

Antes de que se lo llevaran, Tom registró a Eddie y le sacó el documento firmado por Sally. Lo rompió allí mismo y le dijo:

—Puesto que de nada ha de servir, lo mejor es hacerlo desaparecer.

Con aquello volvía a quedar libre de toda amenaza la hacienda de Sally, que al ruido producido por la llegada del sheriff y sus hom-

bres, había acudido al lugar donde se desarrollaban los acontecimientos.

Segundos después, los detenidos eran conducidos a la cárcel de la ciudad, mientras que Sally le decía a Tom:

—Gracias a usted he vuelto a recobrar mi hacienda... ¿cómo podría yo pagarle?

Tom se acercó a ella y mirándola cariñosamente, le dijo:

—Necesita usted que yo le diga cuál es el premio que más agradecería en mi vida?

Sally sonrió comprendiendo lo que quería decirle y reclinó dulcemente su cabezita sobre el pecho de él y le dijo:

—Desde mañana no habrá valla que separe las dos propiedades, ¿verdad?

—Desde mañana serán una sola, pero desde hoy soy yo el hombre más feliz del mundo— exclamó Tom estrechándola en sus brazos, al mismo tiempo que una gran polvareda levantada por las pisadas de los que se marchaban, parecía borrar toda la tragedia que había estado a punto de desarrollarse en aquella hacienda, donde la dicha iba a entrar triunfante desde aquel momento.

FIN

Los últimos éxitos de la temporada 1933

en

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: 1'00 peseta

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas GLORIA SWANSON
- BARBARA KENT - BEN LYON.
Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

EL DR. ARROWSMITH

La novela de un cruzado de la ciencia, interpretada por
los artistas RONALD COLMAN y HELEN HAYES.
Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

LA ÚLTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del ídolo JOHN BARRYMORE y
HELEN WELVETREES.
Producción: R. K. O. Exclusivas SICE

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA EGGERTH y MAX HANSEN
Exclusivas: HUEI

LA HIJA DEL DRAGÓN

Destacada producción del gran trágico SÉSSUE
HAYAKAWA - ANA MAY WONG - WARNER OLAND.
Producción: PARAMOUNT FILMS

Pida el nuevo Catálogo ilustrado de las inimitables
Ediciones Biblioteca Films que se remite gratis

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona



Reimpresión de las obras de mayor éxito

- | | |
|-----------------------|-------------------|
| EL DESFILE DEL AMOR | MAURICE CHEVALIER |
| E S P E R Á M E | CARLOS GARDEL |
| EXPRESO DE SHANGAY | MARLEN DIETRICH |
| UNA HORA CONTIGO | MAURICE CHEVALIER |
| LUCES DE BUENOS AIRES | CARLOS GARDEL |
| REMORDIMIENTO | PHILLIPS HOLMES |
| AMAME ESTA NOCHE | MAURICE CHEVALIER |
| M E R C E D E S | CARMELITA AUBERT |

Hágase reservar sus ejemplares, pues
los pedidos se servirán por riguroso
orden de recepción.

Siempre lo
mejor de lo mejor en **Ediciones Biblioteca Films**

La más antigua novela cinematográfica

PIDA HOY MISMO EL CÁTALOGO ILUSTRADO A:
Editorial "ALAS" - Aparado 707 - Barcelona